



BIBLIOTECA BÍBLICA BÁSICA

# Introducción a la literatura sapiencial. Proverbios, Job, Qohélet, Sabiduría y Eclesiástico

Francisco Nieto, Antonino Cepeda y Hugo Alberto Chávez



# CONTENIDO

Presentación de la colección por los directores .....	11
Presentación de este volumen .....	15
CAPÍTULO I. INTRODUCCIÓN A LOS LIBROS SAPIENCIALES BÍBLICOS .....	17
<i>Francisco Nieto Rentería</i>	
I. El punto de partida .....	17
II. Características literarias .....	26
III. La sabiduría en el contexto internacional .....	45
IV. Planteamientos teológicos .....	56
Bibliografía .....	67
CAPÍTULO II. EL LIBRO DE PROVERBIOS .....	69
<i>Francisco Nieto Rentería</i>	
I. Datos generales .....	69
II. Características literarias .....	71
III. Temas e intención de la obra .....	85
IV. El poema de la mujer ideal (31,10-31) .....	90
Bibliografía .....	97
CAPÍTULO III. EL LIBRO JOB .....	99
<i>Francisco Nieto Rentería</i>	
I. Datos generales .....	99
II. Dimensión literaria .....	102

III. Paralelos extrabíblicos .....	111
IV. Líneas teológicas del libro de Job .....	115
Bibliografía .....	126
CAPÍTULO IV. EL LIBRO DEL ECLESIASTÉS	
O QOHÉLET .....	129
<i>Francisco Nieto Rentería</i>	
I. Datos generales .....	129
II. Características literarias .....	135
III. Temas e intención de la obra .....	148
Bibliografía .....	160
CAPÍTULO V. EL LIBRO DE LA SABIDURÍA .....	
<i>Antonino Cepeda Salazar</i>	163
I. Notas introductorias .....	163
II. Primer parte (1,1–5,23).	
La sabiduría y el destino del hombre .....	167
III. Segunda parte (6,1–9,18).	
Salomón y la búsqueda de la sabiduría .....	179
IV. Tercera parte (10,1–19,22).	
La sabiduría en la historia .....	192
Bibliografía .....	217
CAPÍTULO VI. EL LIBRO DEL ECLESIASTICO	
O SIRÁCIDA.....	219
<i>Hugo Alberto Chávez Jiménez</i>	
I. Introducción al libro del Eclesiástico o Sirácida .....	220
II. Primera lección del Maestro a sus discípulos.	
Sir 1,1-10.....	227
III. La fidelidad del discípulo en la prueba. Sir 2,1-18 .....	230
IV. El honor hacia el padre y la madre.	
Consejos varios. Sir 3,1–4,10 .....	233
V. La escuela de la sabiduría.	
Dominio de sí y la amistad. Sir 4,11–6,17 .....	236
VI. La búsqueda de la sabiduría. Sir 6,18-37 .....	245
VII. Sobre la humildad y la prudencia. Sir 7,1–8,19 .....	252

VIII. El trato con la mujer, la elección de amigos y los gobernantes. Sir 9,1–10,27 .....	257
IX. La humildad, las apariencias, la prudencia, la confianza en Dios y la amistad. Sir 10,28–12,18 ....	259
X. El trato con los ricos y el uso de las riquezas. Sir 13,1–14,19 .....	262
XI. Dios, el pecado, la justicia y la misericordia. Sir 15,11–18,14 .....	263
XII. El dominio de la lengua (Sir 19–28), paradojas (Sir 20,9-17) y proverbios numéricos (Sir 25,1-2.7-11) .....	266
XIII. El dinero, las obras de caridad, las necesidades básicas y la educación. Sir 29,1–30,13 .....	272
XIV. La salud, el temor de Dios y las vivencias personales. Sir 30,14–34,17 .....	275
XV. El culto agradable a Dios, el preámbulo de la oración por Israel y la misericordia. Sir 34,18–36,17 .....	279
XVI. Discernimiento, enfermedad, duelo y muerte. La vocación del escriba. El ser humano y la naturaleza. Sir 36,18–42,14 .....	286
XVII. La sabiduría en la naturaleza y en los hombres ilustres de Israel y el himno final. Sir 42,15–51,30 .....	294
Bibliografía .....	310
Vocabulario básico .....	313
Índice de recuadros .....	317

PRESENTACIÓN  
DE LA COLECCIÓN  
POR LOS DIRECTORES

Después de un largo tiempo de espera, nos alegramos de poder presentar otro volumen de la colección Biblioteca Bíblica Básica, que pretende ser una ayuda para darle su debido lugar a la Palabra de Dios en nuestra vida personal y eclesial.

A poco más de cincuenta años de la aprobación de la *Dei Verbum* y de la clausura del Concilio Vaticano II queremos renovar nuestra conciencia de la centralidad de la Palabra en nuestra experiencia de fe, en la vida y en la misión de la comunidad cristiana. La Iglesia ha nacido de la Palabra y vive constantemente de ella. En ella descubre el espejo en el que ha de confrontar su existencia y su actuación.

El año de la Misericordia, que está en su etapa final, ha sido un impulso para volver a la frescura del Evangelio de Cristo en su esencia radical. Año de la Fe y año de la Misericordia, que han enmarcado las celebraciones del cincuentenario de apertura y clausura del Concilio Vaticano II, nos colocan en lo sustancial de la Buena Noticia traída por Jesús: nuestra apertura a Dios y nuestra solidaridad hacia el hermano,

En efecto, el año de la Fe ayudó a reavivar el clima de fe profunda y viva en Dios nuestro Padre, en Jesucristo, su Palabra eterna, en el Espíritu que nos impulsa a una comunión profunda en el seno de la comunidad eclesial. El año de la Misericordia nos manifiesta el amor entrañable de Dios, padre amoroso y madre tierna, que nos impulsa a recibir su gracia y a testimoniarla a los demás en el amor solidario y misericordioso a nuestros hermanos. «Sean misericordiosos así como el Padre de ustedes es misericordioso» (Lc 6,36) es el lema de este jubileo.

La Palabra viva de Dios está en la experiencia de la fe auténtica y de la misericordia acogida y testimoniada en actitudes de amor solidario. Todos los miembros de la Iglesia queremos acercarnos a esa Palabra viva para renovar constantemente, en un ambiente de fe y de misericordia, nuestra decisión de ser seguidores de Jesús y miembros de la comunidad eclesial.

Esta colección ha querido ser un granito de arena en la construcción de una Iglesia más cerca de la Palabra viva y transformadora. Sabemos que muchas personas y comunidades están ávidas del contacto vivo con esta Palabra. A todas ellas se ofrece esta colección, que constará de 21 volúmenes, como una ayuda.

En su mayoría los libros estarán escritos desde México por biblistas originarios o residentes en estas tierras, pero también colaborarán estudiosos de otras latitudes. Pluralidad de autores significa pluralidad de visiones y enfoques, de presentaciones y perspectivas, de métodos y acercamientos, de interpretaciones y actualizaciones. Esto, como en las mismas Letras Sagradas, enriquece nuestra mente y no la reduce a uniformidad estrecha y estéril.

Estos libros están destinados a quienes ya tienen una iniciación bíblica fundamental y quieren profundizar en la Palabra de Dios. Laicos y laicas, en especial personas de nuestras escuelas e institutos bíblicos. Religiosos y religiosas, ávidos del contacto con la Palabra de Dios. Seminaristas y sacerdotes que deseen seguir profundizando en las Escrituras, fuente de vida.

Este volumen 11 viene a enriquecer nuestro acercamiento al Antiguo Testamento. Nos introduce en el mundo sapiencial judío, en su literatura, en su visión de fe, en su respuesta a los interrogantes que se le presentaban en su vida diaria, personal y comunitaria.

Ante el mundo de hoy, marcado profundamente por el pragmatismo, aun en las ciencias, y la informática que con su vertiginoso cambio ha modificado nuestra cultura, nuestras relaciones interpersonales, nuestra captación de la realidad, el mundo del AT con su sabiduría nos presenta, en muchas de sus situaciones, otro acercamiento importante a la vida y a la historia. No es el pragmatismo, ni el simple cúmulo de informaciones, sino la sabiduría para poder vivir, para saber relacionarnos con Dios, con los hermanos, con las realidades de este mundo y con nosotros mismos. En medio del ajetreo diario y del vivir apresurado, surge la necesidad del silencio, de la reflexión y contemplación para hacer frente a la vida y a los problemas de hoy con un espíritu realmente sabio.

Tres autores nos acercan a este mundo. El primero es Francisco Nieto Rentería, presbítero de Matamoros, que nos introduce en la literatura sapiencial en su conjunto y luego nos proporciona elementos importantes generales, literarios y temáticos para captar tres de sus libros: Proverbios, Job y, por último, Eclesiastés, del que hizo su tesis doctoral.

El segundo es Antonino Cepeda Salazar, que ejerce su ministerio en la capital mexicana y ha colaborado a nivel nacional en la animación bíblica de la Pastoral; después de una introducción general al libro de la Sabiduría nos ofrece un acercamiento más minucioso a sus tres partes.

Por último, el tercero es Hugo Alberto Chávez Jiménez, de Monterrey, quien nos acerca de lleno al libro del Eclesiástico o Sirácida, del que versó su tesis doctoral; nos proporciona un material amplio y rico para recorrer todos sus rincones y para profundizar muchos aspectos y poder seguirlo trabajando en lo personal o en grupos en torno a este libro.

Tres autores que con sus diversos estilos y aportaciones nos hacen experimentar la riqueza que surge del acercamiento al mundo sapiencial del Antiguo Testamento.

Noviembre de 2016

*Los directores:*

Carlos Junco Garza

Ricardo López Rosas

*Representante de la editorial*

Alejandro Maldonado, SVD

## PRESENTACIÓN

Las Escrituras judías, que los cristianos llamamos «Antiguo Testamento», presentan una organización fundamental: los libros atribuidos a Moisés (Instrucción o Ley), los libros de los Profetas (anteriores y posteriores) y la colección de material variado, conocida como «los Escritos». Esta organización tripartita de los textos sagrados expresa ya una cierta clasificación y deja ver una valoración particular de los mismos.

Pensar en textos atribuidos a Moisés es pensar, sin dudar, que se trata de palabras de Dios, porque el personaje es ya en sí mismo señal clara, mediador, legislador, en todo lo que tiene que ver con el Dios que sacó a Israel de Egipto, con el que el pueblo hizo alianza.

Los profetas de Israel usaron variedad de recursos para hacer saber al pueblo que su mensaje no era propio, sino que provenía de Dios. En todo caso, el pueblo encontraba un camino un poco más largo que con Moisés, pero sabía que lo que los profetas decían, aunque no le agradara, provenía de Dios.

El proceso de aceptación como Palabra de Dios se hace más largo en el caso de los libros del tercer bloque: los libros de sabiduría, de modo particular, no tienen un personaje de referencia especialmente cercano a Dios. La referencia a Salomón es cierta, pero vaga; los textos provienen, en realidad, de los sabios de Israel. Los sabios eran hombres de ciencia o de notoria prudencia, pero no necesariamente reconocidos por el pueblo como hombres de Dios. Y sin embargo, el pueblo entró en el proceso de reconocer una serie de escritos de tipo sapiencial como palabra inspirada. La inicial dificultad dio paso a la profunda certeza de que el fruto de la experiencia y la reflexión, animada por la fe, es Palabra de Dios en sentido profun-



do. Lo profundamente humano es, al mismo tiempo, profundamente divino.

Este libro aborda los escritos bíblicos del Antiguo Testamento identificados como «sapienciales». Tres de ellos proceden del ámbito de los escritos conocidos en lengua hebrea: son los libros protocanónicos de Proverbios, Job y Qohélet; los otros dos, identificados como deuterocanónicos, fueron conocidos inicialmente en griego: se trata del libro del Sirácida y de la Sabiduría.

Aunque estos cinco libros tienen como tema central la sabiduría, cada uno de ellos la propone de manera propia y con matices particulares. Proverbios propone grandes secciones de dichos en su forma básica, aunque también plantean textos de instrucción y trozos poéticos; sus planteamientos sapienciales están relacionados de cerca con la teología de la creación y con el concepto de un orden fundamental en todo lo creado y en la convivencia social. El libro de Job aborda todo desde la experiencia del sufrimiento humano, preguntándose por el sentido del sufrimiento mismo y el de la justicia divina; en sus propuestas destaca la soberanía divina, pero también está presente la teología de la creación. La obra de Qohélet aborda los asuntos de la sabiduría en el contexto del carácter efímero de la vida, durante la cual los seres humanos buscan sentido a su existencia. El sabio analiza todo lo que sucede bajo el sol, pero no pierde de vista su carácter de creyente. El Sirácida pone en relación la sabiduría y la acción creadora de Dios, pero también en la historia de Israel encuentra señales claras de la acción sabia de Dios. Un rasgo particular es la equiparación de la sabiduría con el cumplimiento de la Ley de Dios. El libro de la Sabiduría descubre señales claras de la acción de la sabiduría en un episodio concreto de la historia de Israel: la liberación de Egipto.

El recorrido por cada uno de los libros sapienciales, percibiendo rasgos particulares y propuestas propias, permitirá reconocer la poderosa Palabra de Dios expresada en cada texto, profundamente divino en la medida en que se manifiesta, al mismo tiempo, profundamente humano.

Francisco Nieto Rentería

# INTRODUCCIÓN A LOS LIBROS SAPIENCIALES BÍBLICOS

*Francisco Nieto Rentería*

## I. EL PUNTO DE PARTIDA

### 1. UBICACIÓN DE LOS LIBROS SAPIENCIALES

La Biblia hebrea está organizada en tres grandes bloques, cada uno de los cuales reúne diversos libros: la Ley, los Profetas y los Escritos. De esos tres bloques, los dos primeros manifiestan ciertos elementos de homogeneidad; el tercero, en cambio, contiene material más variado: poesía, historia, profecía y sabiduría. En este tercer bloque se encuentran los libros bíblicos identificados como «sapienciales». La Biblia griega (LXX) organiza de modo parecido los grandes bloques, aunque introduce algunos cambios; en ella, los libros sapienciales están en el bloque de poetas y profetas, y su número aumenta respecto a los textos hebreos.

Entre los textos hebreos identificados en su conjunto como «de sabiduría» encontramos tres: Proverbios, Job y Qohélet (Eclesiastés). A estos tres libros sapienciales canónicos se añaden después otros dos, considerados como deuterocanónicos y conocidos en griego: Sirácida (Eclesiástico) y Sabiduría. Hay quienes incluyen en el conjunto de los sapienciales al libro de los Salmos, al Cantar de los Cantares y al libro de las Lamentaciones; pero estos libros, aunque contienen elementos sapienciales, pueden más bien ser incluidos bajo la categoría de libros poéticos. Otros más consideran los libros de Rut y Tobías como sapienciales, pero parece mejor contarlos entre la literatura edificante. Identificamos, pues, como «sapienciales» del Antiguo Testamento los cinco li-

bros antes mencionados: Proverbios, Job, Qohélet, Sirácida y Sabiduría.

Surgen inmediatamente algunas preguntas: ¿Qué es la sabiduría? ¿Con qué se relaciona la sabiduría de modo inmediato en la vida y la literatura de Israel? ¿Para qué sirve la sabiduría? ¿Quién despliega la actividad sapiencial en Israel? ¿Quién representa mejor las tradiciones sapienciales israelitas?

## 2. LA EXPERIENCIA EN LA ACTIVIDAD SAPIENCIAL

Antes de cualquier ensayo de definición, habrá que notar que los textos bíblicos relacionan de forma inmediata la sabiduría con la experiencia, de modo que bien podría pensarse en la sabiduría como la capacidad, obtenida a partir de la experiencia, propia o ajena, de conducir la vida de modo conveniente; la sabiduría tiene que ver, entonces, con el arte de vivir, es decir, con la posibilidad de enfrentar con éxito los retos que plantea la vida, tanto en el ámbito personal como en el interpersonal, en el contexto del mundo creado y en el modo de relacionarse con el creador.

Los textos bíblicos manifiestan una clara conciencia de la capacidad del ser humano para adquirir conocimientos a partir de lo que experimenta. Las variadas experiencias, atesoradas a lo largo de la vida, personal y colectiva, actual y de generaciones pasadas, ayudan a percibir y formular principios generales que sirven para entender y enfrentar con éxito la vida. Llegar a percibir rasgos reiterados en la propia persona, en la convivencia humana, en la relación con la naturaleza y con el creador, permite conocer elementos indispensables para encontrar plenitud en la vida humana.

La experiencia atesorada se expresa en reglas de conducta, que luego quedan como riqueza personal y social, objeto de enseñanza y aprendizaje. Y en eso consiste la sabiduría: la experiencia observada, reflexionada, formulada, enseñada, aprendida, se convierte en tesoro propio y común, en un medio seguro para vivir con sensatez y para encontrar plenitud. Los textos bíblicos expresan con claridad la conciencia de que los seres humanos podemos llegar a ser sabios, partiendo de la experiencia; por eso los sabios insisten, al instruir, en la necesidad de observar, de reflexionar, de valorar, de comparar, de dialogar, de concluir, y de conducirse en consonancia con lo concluido a partir de la reflexión. El resultado será la sensatez, la pru-

dencia, la destreza, el conocimiento, en fin, la vida en plenitud, entendida como vida feliz. Bajo ese concepto queda formulada, por ejemplo, la tarea sapiencial de reunir proverbios:

*Proverbios de Salomón, hijo de David, rey de Israel, para aprender sabiduría e instrucción, para comprender dichos profundos, para adquirir la instrucción adecuada –justicia, equidad, rectitud–; para enseñar astucia a los simples, conocimiento y reflexión a los jóvenes; para descifrar proverbios y refranes, los dichos y enigmas de los sabios. El sabio escucha y aumenta su saber y el inteligente adquiere destreza (Prov 1,1-6).*

La conciencia de la posibilidad de conocer a partir de la experiencia, es decir, de llegar a ser sabio, se sustenta en un dato previo: la percepción de cierto orden establecido, grabado como elemento necesario en la creación. El trabajo del creador queda expresado como la victoria sobre el caos, produciendo orden, cosmos (cf. Gn 1–2). Y el trabajo del ser humano, parte de la creación, consiste en identificar ese orden y asumirlo en su vida personal y social. Quien alcanza a percibir el orden, lo acepta y despliega su vida en él, puede ser calificado como sabio, y podrá disfrutar de frutos más valiosos que el oro y la plata (cf. Prov 8,19).

### 3. CONOCIMIENTO LIMITADO

Pero llegar a ser sabio implica conocer los límites de la actividad sapiencial. Los textos bíblicos hacen convivir los dos elementos: al hombre le corresponde buscar la sabiduría, madrugar para adquirirla, esforzarse en conservarla, llegar a ser sabio; pero también le toca saber que no todo está en sus manos, porque es creatura y no creador, porque su vida está sometida a elementos que escapan de su control. Por más que se esfuerce en su tarea imprescindible de hacerse sabio, el hombre debe tener siempre conciencia de lo limitado de su esfuerzo:

*He visto además bajo el sol que no siempre corren los más ligeros ni ganan la pelea los esforzados; que también hay sabios sin pan, discretos sin hacienda y doctos que no gustan, pues a todos les llega algún mal momento. Porque, además, el hombre ignora su momento: como peces apresados en la red, como pájaros caídos en la trampa, así son tratados los humanos por el infortunio cuando les cae encima de improviso (Qoh 9,11-12).*

Ya es sabiduría llegar a identificar el lugar del hombre y el alcance limitado de sus conocimientos cuando entran en juego las decisiones de Dios. Por más que quiera, el hombre no conoce los designios de Dios. Por más que intente tener todo bajo control, tiene que aceptar que, aunque tenga planes, Dios tiene la última palabra (cf. Prov 16,1); que aunque pretenda saberlo todo, la realidad lo supera.

*Cuanto más apliqué mi corazón a estudiar la sabiduría y a contemplar el ajetreo que se da sobre la tierra –pues ni de día ni de noche concilian los ojos el sueño–, fui viendo que el ser humano no puede descubrir todas las obras de Dios, las obras que se realizan bajo el sol. Por más que se afane el hombre en buscar, nada descubrirá, y el mismo sabio, aunque diga saberlo, no es capaz de descubrirlo (Qoh 8,16-17).*

Ante tantas cosas que el ser humano no puede comprender (cf. Prov 30,18-19), lo mejor es aprender a confiar más en Dios (cf. Prov 3,5).

#### 4. NECESIDAD DE LA AYUDA DE DIOS

Surge, entonces, la necesidad de ubicar la actividad sapiencial en una dimensión trascendente: los libros sapienciales relacionan el concepto «sabiduría» con Dios, al mismo tiempo que con la experiencia humana; en la literatura sapiencial, Dios aparece como el origen de toda auténtica sabiduría; de este modo, la sabiduría es vista como fruto de la experiencia, pero, al mismo tiempo, como regalo de Dios.

*Pero comprendiendo que no conseguiría la sabiduría si Dios no me la daba –y ya era un signo de sensatez saber de quién procedía tal don–, acudí al Señor y le supliqué, diciéndole de todo corazón: ... envíala desde el santo cielo, mándala desde tu trono glorioso, para que me acompañe en mis tareas y pueda yo conocer lo que te agrada (Sab 8,21; 9,10).*

#### 5. LA RESPUESTA HUMANA

El ejercicio de sabiduría es parte esencial de la vida de todo ser humano. Siempre hay que tomar decisiones, tanto en asuntos menores como en cosas decisivas para la vida; siempre se impone reconocer los límites propios al momento de decidir; siempre se hace necesario buscar ayuda para ver mejor las situaciones y tomar las

decisiones más convenientes. Y cuando el que tiene que decidir es un creyente, siempre se hará necesario recurrir a Dios, pidiéndole que mande su sabiduría para llegar a saber lo que es grato a sus ojos.

En el esfuerzo propio por vivir con prudencia, en el reconocimiento de los propios límites y en la búsqueda de la sabiduría que viene de Dios, se define la respuesta humana ante la propuesta sapiencial de Dios. En las Escrituras, el sabio auténtico cuenta con la sabiduría humana, pero también con la que Dios mismo le da. El sabio según la Biblia es identificado como «temeroso de Dios», es decir, como uno que «se recrea en la ley de Yahvé, susurrando esa ley día y noche» (Sal 1,2), alguien que respeta los mandatos del Señor y «recorre sus caminos» (Sal 128,1).

El temor de Dios no tiene nada que ver con el miedo ante Dios; al contrario, expresa confianza en él. La fórmula «temer al Señor» indica respeto, sumisión a Dios, búsqueda sincera de su voluntad, reconocimiento humilde de la propia necesidad y súplica confiada a Dios, fuente de la verdadera sabiduría. El temor de Dios es el principio y la raíz de la sabiduría, es su corona y plenitud (cf. Sir 1,11-20).

## 6. ¿CÓMO ENTENDER LA ACTIVIDAD SAPIENCIAL?

En cuanto a la manera de entender la labor sapiencial, para algunos el énfasis está en el conocimiento práctico de las leyes de la vida y del universo, basado en la experiencia. Desde ese punto de vista, el éxito del hombre está en descubrir el orden establecido en la creación y en la sociedad, y en adaptarse a ese orden. Los conceptos «bien» y «mal» están inscritos en ese orden establecido, de modo que el hombre bueno (o justo, o sabio) es el que descubre tal orden establecido y se conduce dentro de él; el malo (o pecador, o necio), en cambio, ignora ese orden y lo trastoca, para daño propio y de los demás. La labor sapiencial tiene que ver, desde esa perspectiva, con la búsqueda y la recolección de datos acerca de costumbres sociales, normas de convivencia e instrucciones, en orden a facilitar a los hombres su adaptación al orden de la creación. Los libros sapienciales se entienden, desde esa perspectiva, como expresión organizada de tal esfuerzo.

Sin negar la vida concreta como fuente de experiencia y sabiduría, otros proponen que la actividad sapiencial se acerca más a una tradición intelectual, es decir, que la tradición sapiencial se debe a

la presencia de profesionales de la sabiduría y de corrientes intelectuales de reflexión sapiencial, que ejercen influencia en ciertos ámbitos concretos (consejería en la corte, administración del estado, etc.). Pero ¿en qué consiste la sabiduría? Para algunos el énfasis está en la autocomprensión en el contexto de la creación, de la sociedad y de la divinidad. Un planteamiento diferente queda propuesto en cuanto al orden de la creación: más que identificar un orden establecido y buscar adaptarse a él, se trata de poner orden en la vida, la cual no tiene orden preestablecido.

En medio de las diversas propuestas para comprender la actividad sapiencial israelita, la observación de la terminología usada en los libros bíblicos para expresar la actividad sapiencial nos puede servir para captar los variados matices del fenómeno sapiencial y la necesidad de estar pendientes de su diversificado uso, según los contextos en que tal terminología aparece.

La actividad sapiencial se expresa en un lenguaje que incluye términos como «sabio» o «necio», «bueno» o «malo», «justo» o «pecador». Pero la sabiduría también se conecta con el conocimiento, con la actividad intelectual y con la habilidad para desplegar alguna actividad, cualquiera que esta sea.

## 7. ¿QUIÉN ES SABIO?

Cuando calificamos a alguien como «sabio», podemos presuponer que tiene conocimientos, que es culto, que usa la razón y el sentido común de modo notorio. Algo así se encuentra en la Escritura, pero no siempre. Los textos bíblicos nos presentan como «sabio» a un artesano, por ejemplo, porque tiene destreza para determinada actividad (cf. Is 3,3; 40,20; Jr 8,8; 9,16; Ez 27,8). También queda calificado como «sabio» uno que tiene capacidad para gobernar (cf. 1 Re 3,8-12; Prov 8,5). Alguien que tiene la suficiente habilidad o el ingenio necesario para sobrevivir puede ser calificado como «sabio» (cf. 2 Sm 14; 20,14-15). Al lado de esas ocasiones, hay otras en las que el sabio es, con más precisión, aquel que despliega una vida marcada por el cultivo de la reflexión, del diálogo, del conocimiento, de la observación, etc., a un nivel profesional (cf. 1 Re 5,9-14). La sabiduría, en esos contextos, se relaciona con la formación y la educación. Pero la sabiduría también está cerca de conceptos como naturaleza y creación; en esos casos, la sabiduría indica la capacidad de percibir las leyes que rigen a la natura-

leza y de adaptarse a ellas. Todavía más, la sabiduría entra en contacto con la ética e incluso con la religión; en este caso, la sabiduría se expresa con conceptos como piedad o temor del Señor.

#### 8. ¿QUIÉN DESPLIEGA LA ACTIVIDAD SAPIENCIAL EN ISRAEL, Y DÓNDE?

Los datos bíblicos nos ofrecen elementos para hacernos un cuadro aproximado de aquello en lo que consiste la actividad sapiencial; y las observaciones de los especialistas nos acercan a una mejor comprensión del trabajo de sabiduría. Otro elemento de comprensión lo constituye la pregunta por aquellos a quienes se les atribuye el trabajo sapiencial. ¿Se trata de profesionales o es tarea de todo el pueblo?

La necesidad de adquirir sabiduría para enfrentar la vida toca a cada persona, sin importar su escasa o abundante preparación, su nula o enorme influencia directa en la vida de otros, su menor o mayor conciencia de tal necesidad para vivir con sensatez. De ahí que encontramos en la Escritura la insistencia en transmitir lo aprendido, en aceptar la instrucción (cf. Prov 1,8; 2,1; 3,1; 4,1; 6,20; 7,1), en practicar y transmitir las tradiciones religiosas (cf. Dt 4,9; 6,7; 26,1-11). El contexto de esas indicaciones es, en principio, el del hogar: toca a los padres instruir a los hijos. Desde este punto de vista, se entiende que muchas expresiones de sabiduría, como los dichos, los refranes, los proverbios simples, hayan tenido su asiento en la vida familiar; y se entiende también el carácter anónimo de gran parte de la literatura sapiencial bíblica, especialmente la codificada en el libro de los Proverbios y en la recopilación del Sirácida. El fenómeno de producción de frases felices, de dichos bien logrados, de refranes impactantes por su sencilla contundencia, se da de modo espontáneo, popular, anónimo, y se extiende con facilidad por la belleza simple de las formas usadas y por la verdad que ellas contienen.

Pero las expresiones populares de sabiduría entran en contacto, en algún momento, con el trabajo de especialistas, interesados, por diversos motivos, en asuntos sapienciales; estos las reúnen, las desarrollan hasta convertirlas en formulaciones variadas y hasta complejas, las perfeccionan y se encargan de transmitir las a otras generaciones. De ahí que también haya que pensar, en el caso del pueblo de Israel, en personas concretas a quienes se les puede atribuir el trabajo de sabiduría.



Los testimonios bíblicos son escasos en el momento de pretender responder a la pregunta por aquellos que desplegaron en Israel la actividad sapiencial. Pero teniendo en cuenta los datos de las culturas circundantes, podemos pensar que, también en Israel, más allá del ambiente familiar, la corte, el templo y ciertos espacios de enseñanza eran los más apropiados para el trabajo formal de sabiduría.

Mientras hubo monarquía en Israel, la corte se entendía como un espacio necesario para desarrollar actividades de tipo sapiencial, porque es allí donde se requerían consejeros para ayudar al rey en sus actividades de gobierno, tanto políticas como militares (cf. 2 Sm 16,20; 17,1-16; 1 Re 12,6-14; 2 Re 18,20; Esd 10,8; Prov 11,14; 15,22; 20,18; 24,6); y siempre se hacía necesario formar a las nuevas generaciones, que luego vendrían a desempeñar funciones de gobierno (cf. 1 Re 12,8-11.14).

Los centros de culto, y en especial el templo de Jerusalén, eran también espacios apropiados para el desarrollo de la actividad sapiencial. No hay referencias claras en la Escritura a propósito de esa actividad, pero se deduce por la presencia y el trabajo en el templo de los sacerdotes, gente cultivada, a quienes se les atribuye, además, fuerte influencia en el desarrollo de corrientes teológicas y sus correspondientes escritos. Fueron sacerdotes los que protegieron a Joás, hijo de Ocozías, escondiéndolo en el templo, y lo educaron, mientras crecía en edad y hasta que pudiera gobernar sobre Judá (cf. 2 Re 11-12).

Hablar de «escuelas» requiere desprenderse de conceptos nuestros relativos a los centros de formación académica. Hasta nuestros días, no se conocen huellas de la existencia de edificios dedicados exclusivamente a la enseñanza en Israel, por lo menos en tiempos antiguos. En fechas cercanas a Cristo sí que es posible hablar de lugares de enseñanza en Israel (cf. Sir 51,23), pero antes no. Se trata, más bien, de sabios que enseñaban a muchos (cf. Qoh 12,9), aunque no se diga los modos y los lugares de enseñanza; podía ser en la propia casa o en algún lugar concurrido, adonde muchos podían acudir.

## 9. SALOMÓN, EL REY SABIO

La Escritura atestigua la enorme sabiduría que acumuló Salomón, el hijo de David. La sabiduría de Salomón se hizo proverbial, más

allá de las fronteras de Israel. 1 Re 10,1-13 narra la visita de la reina de Saba, quien atestigua haber encontrado a alguien más sabio de lo que le habían contado. Más aún, los relatos acerca de Salomón nos hacen pensar que la primera actividad oficial tiene que ver con una decisión en que el rey manifiesta gran sabiduría al juzgar, ganándose el respeto del pueblo (cf. 1 Re 3,16-28). En todo caso, Salomón había suplicado a Dios que le concediera un corazón atento para juzgar a su pueblo, para discernir entre el bien y el mal, e inteligencia para atender a la justicia; y Dios le concedió una mente sabia e inteligente (cf. 1 Re 3,4-15). El rey Salomón es, en fin, el sabio por excelencia en la historia de Israel. No resulta, pues, extraño lo que encontramos en 1 Re 5,9-14:

*Dios concedió a Salomón sabiduría e inteligencia extraordinarias y una mente abierta como la playa a orillas del mar. La sabiduría de Salomón superaba a la de todos los hombres de Oriente y a toda la sabiduría de Egipto. Superó en sabiduría a cualquier hombre: a Etán, el ezrajita, a Hemán, Calcol y Dardá, hijos de Majol. Su nombre se hizo famoso entre todos los países vecinos. Compuso tres mil proverbios y su cancionero contenía mil y cinco canciones. Trató sobre las plantas, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo que brota en el muro; disertó también sobre cuadrúpedos, aves, reptiles y peces. De todos los pueblos venían a escuchar la sabiduría de Salomón, trayendo presentes de parte de todos los reyes de la tierra que habían tenido noticia de su sabiduría.*

Los datos bíblicos dan espacio para pensar en una fuerte actividad orientada a lo sapiencial en tiempos de Salomón. Los rasgos que lo distinguen lo requerían: su sabiduría queda comparada con grandes sabios de su tiempo; el nuevo rasgo de su gobierno, debilitando la actividad militar y fortaleciendo la diplomacia a escala internacional, pedía la presencia de consejeros, diplomáticos, traductores, etc., que seguramente necesitaban cultivar la lectura, la escritura, el discurso. Más aún, la fuerte actividad comercial internacional que caracterizó el gobierno de Salomón, implicaba intercambio de ideas, de tendencias de pensamiento, de cultura, en general, incluyendo el pensamiento sapiencial.

Por eso no resulta extraño encontrar la atribución a Salomón como el autor de uno de los libros más representativos de la actividad sapiencial: el libro de los Proverbios dice ser «de Salomón, hijo de David, rey de Israel» (1,1). Más aún, el libro de Qohélet se atribuye al «hijo de David, rey de Jerusalén» (1,1) y el libro de la Sabiduría

deja entrever, en varios lugares, la autoría salomónica. En cualquiera de los tres casos habrá que entender que no fue directamente Salomón el autor, sino que a él se atribuyen los textos, porque son libros de sabiduría, puestos a la sombra del mayor sabio que Israel ha tenido.



#### PARA REFLEXIONAR

##### EL CONCEPTO DE «SABIDURÍA» SEGÚN LA BIBLIA Y SEGÚN NOSOTROS

Luego de un tiempo de reflexión personal, comenta con otros acerca de los siguientes asuntos: ¿qué tanto se escucha en nuestros ambientes la palabra «sabiduría»? ¿Con qué se relaciona más la idea de sabiduría: con la experiencia, con la ciencia, con las artes, con la educación, con la cultura, con la religión? ¿Qué personajes de nuestra vida ordinaria marcan los criterios de conducta de muchos en la sociedad? ¿Son ellos los indicados para guiarnos en la búsqueda de la sabiduría? ¿A dónde podemos acudir para adquirir sabiduría? ¿Qué etapa de la vida es la más conveniente para buscar la sabiduría?

## II. CARACTERÍSTICAS LITERARIAS

### 1. EL VOCABULARIO DE LA SABIDURÍA

La raíz hebrea que más se acerca a nuestro concepto de «sabio» y «sabiduría» es *jkm*. El término se aplica a contextos relacionados con el saber, la destreza para algo, la capacidad en el ámbito del conocimiento, del juicio, de las acciones; el sustantivo derivado de esa raíz es *jokmá* (sabiduría, inteligencia, prudencia, experiencia).

En el caso del rey, la sabiduría se expresa como visión, prudencia política, valentía; también aparece la raíz *byn* (entender, conocer, penetrar, percibir, distinguir, discernir, atender, advertir, tomar conciencia, reflexionar; el sustantivo derivado (*biná*, *t<sup>b</sup>buna*) hace referencia a inteligencia, talento, instinto, prudencia, saber, comprensión, discernimiento, perspicacia, pericia. La forma *da'at*, que proviene de la raíz *yd'*, ofrece el matiz del conocimiento y se puede traducir como ciencia, conocimiento, entendimiento, comprensión. La raíz *ysr* significa aconsejar, instruir, corregir; el sustantivo *musar*, que deriva de *ysr*, se puede entender como corrección, advertencia, castigo, aviso.

Cuando leemos textos con vocabulario sapiencial sorprende encontrar cercanos otros términos, que pertenecen más bien al ámbito moral o religioso. «Sabio» tiene en muchas ocasiones su equivalente en «bueno» (*tôb*), recto (*yšr*), justo (*tsadiq*), temeroso de Dios (*yr' yhw* / *yr' 'lohîm*).

Los términos que se oponen a aquellos que indican «sabiduría» en alguno de sus matices, nos pueden ayudar a dar un perfil más claro del vocabulario de la sabiduría. En ese contexto encontramos con frecuencia términos que provienen de la raíz *ksl*: los términos *k'silut* y *k'sil* hacen referencia a la necedad y al necio. Pero también encontramos términos del ámbito religioso, usados con significado muy cercano a aquellos estrictamente sapienciales: malo, malvado (*rašá'*), pecador (*ht'*).

## 2. LOS MATICES DE LA SABIDURÍA

La amplitud en el uso del término sabiduría (*jokmá*) y sabio (*jakam*), y la variedad de términos que identificamos como equivalentes, y de otros más que encontramos cercanos a ellos, nos hace plantearnos la pregunta por los matices del concepto «sabiduría»; la identificación de los variados contextos en que aparece el concepto «sabiduría» será de gran ayuda la percepción de los matices que adquiere.

### a) *La sabiduría en el contexto de las artes y los oficios*

Cuando alguien tiene pericia o destreza para desempeñar algún oficio, se dice de él que tiene sabiduría en su campo de actividad, o bien, que es sabio. En el contexto de la construcción del santuario, los artesanos con pericia («sabios de corazón») fueron los encargados de confeccionar las vestiduras sacerdotales para Aarón (cf. Ex 28,1-5); Besalel, el judaíta y su colaborador Oholiab, el danita, recibieron espíritu de sabiduría para realizar todo tipo de trabajo; ellos, junto con sus ayudantes, trabajaron con destreza (con sabiduría) con el oro, la plata y el bronce, las piedras de engaste y la madera (cf. 31,1-6; 35,30-35). Al lado de ellos trabajaban también las mujeres que tenían destreza para hilar (cf. 35,25-29).

En el contexto de la construcción del templo de Salomón, vienen mencionados algunos personajes que desplegaron actividades particulares, porque tenían la destreza (sabiduría) para ello: Jirán de

Tiro era diestro y hábil (sabio) en trabajar el bronce (cf. 1 Re 7,14); muchos otros, que ofrecieron sus servicios, eran hábiles (sabios) cada uno en algo (cf. 1 Cr 28,21).

Muchos otros son calificados como hábiles, diestros, capaces, sabios, en variados contextos: para armar una nave (cf. Sab 14,2) o para conducirla (Sal 107,27).

Aquel que desempeña una actividad con pericia, habilidad, destreza (un artesano, un artista) es calificado como sabio (cf. 2 Cr 2,1-15; Is 40,20; Jr 9,16; 10,9; Ez 27,8-9; Sal 58,6; Qoh 9,11). Dios mismo es calificado como sabio, considerando la destreza aplicada en la creación (cf. Jr 10,12; 51,15; Prov 3,19; Sal 104,24).

Así, en el contexto de las artes y los oficios, la sabiduría se expresa como habilidad, destreza, maestría, capacidad en el desempeño de alguna actividad.

#### b) *La sabiduría en el contexto del trato interpersonal*

Cuando entramos al ámbito de la convivencia entre los seres humanos, encontramos en la Escritura ocasiones en que se usa el término sabiduría con cierta connotación negativa y otras en que es, definitivamente, valorada de forma positiva. Es el contexto el que da margen a la valoración, positiva o negativa de la sabiduría puesta en función.

Hay una serie de ocasiones en que la sabiduría se entiende como sagacidad, talento, ingenio, pero que, por prescindir de Dios, es considerada por lo menos inútil, si no negativa. Dirigiéndose al rey de Tiro, el Señor le dice, por medio del profeta Ezequiel:

*Tu corazón se ha engraido y has dicho: «soy un dios, sentado en un trono divino, instalado en el corazón del mar». Tú que eres un hombre y no un dios, equiparas tu mente a la de Dios. ¡Claro, eres más sabio que Danel; ningún sabio se te puede comparar! Con tu sabiduría y tu inteligencia te amasaste una fortuna, amontonaste tesoros de oro y plata. Tu gran sabiduría y tu comercio multiplicaron tu fortuna, y tu fortuna fue la causa del engraimiento de tu corazón. Por eso, esto dice el Señor Yahvé: por haber equiparado tu mente a la mente de Dios, he decidido traer extranjeros contra ti, los más bárbaros entre las naciones. Desenvainarán la espada contra tu linda sabiduría y profanarán tu esplendor (28,2-7; cf. Is 29,13; Jr 9,8; 9,22; 49,7; Job 12,2; 38,36; 39,17; Prov 14,8; 21,30).*

En los casos de sabiduría de signo negativo, a la persona que la posee se le considera sabia, pero en tono despectivo: es alguien astuto, sagaz (cf. Ex 1,9-10; 2 Sm 13,3), e incluso necio (cf. Is 5,2; 29,14; 44,25; Jr 4,22; Job 5,13; 15,2; Prov 3,7; 26,12.16; 28,11; Sir 7,5; 37,20).

Hay otras ocasiones en que la sabiduría adquiere valoración positiva y también el matiz de doctrina, ciencia, saber, en el sentido más cercano al concepto comúnmente aceptado. En este sentido, la Escritura atestigua la sabiduría de grandes personajes: David (cf. 2 Sm 14,19-20), Salomón (cf. 1 Re 5,9-14), Daniel (cf. Dn 14,17.20); recibir sabiduría será bueno para Job (Job 11,5-6; 15,8) y para muchos, aunque eso sea tarea ardua y casi imposible (cf. Job 15,18; 28,12.20; 32,13; Sir 1,1-10; Qoh 1,16-18; 7,23-25; 8,16-17).

La sabiduría, en sentido activo, en cuanto ciencia, saber, prudencia, inteligencia, viene presentada como el fruto de la experiencia, propia o de otros, y del esfuerzo por ponderar lo vivido (cf. Prov 5,1; Qoh 9,10.13); algo así debe ser valorado y compartido (cf. Job 28,18; Sir 1,25; 20,30-31; 41,14-15). Es un fruto que dignifica y da plenitud a la vida del que la posee (Prov 3,13; 24,14; Sir 3,29; 11,1; 14,20; Sab 3,11), pero que no viene sola, sino que requiere que el hombre se esfuerce para adquirirla (cf. Prov 4,5.7.11; 16,16; 17,16; 23,23; Sir 4,11-12; 6,18-37).

*Escucha, hijo, acepta mi opinión y no rechaces mi consejo. Mete los pies en su cepo y el cuello en su coyunda. Doblega la espalda y carga con ella; no te rebelas contra sus cadenas. Acércate a ella con toda tu alma y con toda tu fuerza guarda sus caminos. Síguela, búscala, y se te dará a conocer; cuando la tengas, no la sueltes, porque al final hallarás en ella descanso, y ella se convertirá en tu alegría (Sir 6,23-28).*

También se entiende la sabiduría en sentido pasivo, en cuanto cúmulo de conocimientos, cuerpo doctrinal, instrucción o enseñanza que se transmite y se recibe. Es en este sentido en el que entendemos el bloque de libros sapienciales (cf. el prólogo al Sirácida).

En los casos de valoración positiva de la sabiduría, aquel que la posee es identificado como sabio, docto, experto. Muchos textos de la Escritura atestiguan la presencia de sabios en Israel (cf. Prov 22,17; 24,23; Qoh 12,9; Sir 44,4) y su actividad (Gn 41,33.39; Sal 105,22; Sir 20,27; 21,13; 37,19.26). La valoración de alguien como sabio está cercana a la edad avanzada, por la experiencia lograda y la

reflexión desplegada; es que ser sabio es punto de llegada, no de partida (cf. Prov 6,6; Sir 6,32). De todos modos, no es la edad la que define a alguien como sabio o necio (cf. Job 32,9), ni es la sabiduría el punto último de apoyo (cf. Jr 9,22; Qoh 8,16-17; Sir 10,26) sino Dios, dador de la sabiduría.

### c) La sabiduría en el contexto de las actividades de gobierno

Si la sabiduría se requiere para gobernar la propia vida o la vida familiar, cuánto más necesaria se hace cuanto se trata de buscar el bien común. El contexto del gobierno queda ejemplificado en la figura del rey y evidencia la necesidad de sabios, consejeros al lado del rey para que este pueda gobernar con justicia y rectitud.

En el caso del rey, la sabiduría se expresa como visión, prudencia política, valentía y perspicacia, para tomar las decisiones que beneficien al pueblo sometido a su gobierno. Ya antes de la monarquía israelita hay personajes que condujeron al pueblo con sabiduría: Moisés y Josué (cf. Dt 34,9) y los hombres elegidos de cada tribu para colaborar en el servicio de conducción del pueblo (cf. Dt 1,13.15). Durante la monarquía, de David se dice que era un hombre sabio (cf. 2 Sm 14,20), pero especialmente se insiste en esa característica como la relevante en Salomón (cf. 1 Re 5,9-14.21; 2 Cr 2,11; cf. también 1 Re 2,9; 3,12).

El buen gobierno en Israel requiere de hombres sabios al frente del pueblo, hombres prudentes y valientes para defender a los pobres de los que los quieren explotar (cf. Sal 72,1-4.12-15; Prov 31,8-9). Por eso es trabajo de quien gobierna saber que, por más consejeros («sabios») que tenga en torno, no será suficiente su consejo, si este no queda confrontado con los designios de Dios; por eso le toca al rey suplicar a Dios el regalo de la sabiduría, para el ejercicio de sus funciones.

*Contigo está la sabiduría que conoce tus obras, que estaba a tu lado cuando hacías el mundo, que conoce lo que te agrada y lo que es conforme a tus mandamientos. Envíala desde el santo cielo, mándala desde tu trono glorioso, para que me acompañe en mis tareas y pueda yo conocer lo que te agrada. Ella, que todo lo sabe y comprende, me guiará prudentemente en mis empresas y me protegerá con su gloria. Así mis obras serán aceptadas, juzgaré a tu pueblo con justicia y seré digno del trono de mi padre (Sab 9,9-12).*